

MI PADRE  
ES UNA  
SILLA  
PLEGABLE  
DE IKEA

Gabriel García de Oro

Ilustraciones de Bea Tormo



la esfera  azul

# ÍNDICE

Un gran pum .....	11
Un número sin nombre .....	19
Menos jugar al fútbol, claro .....	25
Píntale unos ojos a tu padre .....	33
Dos brazos, dos piernas, una cabeza... ..	41
¿Dónde vive tu abuela, Caperucita? .....	49
Un bosque de cosas .....	57
Una montaña rusa que hablaba de mí .....	63
Un momento mágico .....	71
Cocodrilos .....	79
Levántate tú solo .....	87
Ese alambre que existe entre los sueños y la realidad .....	93
Un abrazo que cruzó todo Canadá .....	101

# *Un gran pum*

• Papá? ¿Hola?  
**C** Silencio. Por lo menos, eso sí, había vuelto la luz. Me quedé mirando la pantalla del ordenador. Se estaba reiniciando. ¿Funcionaría? Más me valía. Desde que había empezado la tormenta mi padre me había dicho varias veces que lo apagase. Yo, ni caso. Luego, cayó un relámpago que iluminó toda mi habitación, como si un gigante con una linterna se asomara por la ventana. Al final, un trueno enorme, igual que si al gigante se le hubiese caído esa linterna. Ahora, silencio. Y yo llamando a mi padre y mi padre sin contestar. Una vez más:

—¿Papá?

Vale. No me oía. O... No, no quise pensar en nada malo. No me oía y ya está. Estaría en la cocina o hablando por teléfono o lo que fuera. Salí a buscarlo. ¿Qué encontré? Una silla plegable de IKEA en el comedor. En medio del comedor. Azul y vestida. Con camisa, muy abierta, casi estirada por el cuello. De cuadritos pequeños y morados. Los pantalones, marrón claro, llegaban hasta el suelo y se desparramaban encima de unos zapatos de padre. Sin más. Se me pasó por la cabeza que la silla era él. Miré alrededor. Nadie. Se lo pregunté:

—Eo, ¿eres tú? ¿Puedes oírme?

No contestó. No puedo decir si eso me tranquilizó o me puso más nervioso. Porque en casa no había nadie más. ¿Entonces? ¿Mi padre? ¿Se había ido? ¿Se había ido después de vestir con su ropa a una silla? Además, y eso no me gustó nada, yo nunca había visto esa silla. No era una de las del comedor, ni de la cocina. Era una silla extraña. En eso pensaba yo cuando ring, ring, ring. Sonó el teléfono de casa. Pegué un bote. ¿Quién era? Mi madre, seguro. Solo ella llamaba al fijo, y siempre cuando estaba fuera por trabajo. ¿Contesto? ¿No? ¿Sí? Dudaba. Era como estar subido a un trampolín altísimo.

Quería contestar, no me atrevía a contestar. Me tiro. No me tiro. No, no me tiro. Sí, voy a contestar. No pude. El teléfono enmudeció y enseguida sonó otro ring. Diferente. Melódico, rítmico, casi juguetón. Era el móvil de mi padre.

—En el sofá. Cógelo.

Mis ojos se abrieron tanto y tan de golpe que casi se me salen. Mi padre, la silla... ¡Mi padre era la silla y podía hablar!

—¡Cógelo! Vamos.

Contesté poniendo mi mejor voz, pero no funcionó:

—¿Por qué contestas tú?



Una pregunta directa. No había tiempo. Dije que tenía tantas ganas de hablar con ella que me había adelantado. Pensé que a mi madre le gustaría oír algo así. Error.

—¿Y por qué tienes tantas ganas? ¿Pasa algo?  
—se detuvo como quien por la calle sospecha que se ha dejado algo en casa—: Dile a tu padre que se ponga.

Me quedé mudo. Ella no.

—Dile a tu padre que se ponga. Por favor.



Cuando los padres piden algo por favor no lo hacen por educación, lo hacen para advertir que ese es el último aviso. Dije vale, tapé el teléfono con el hueco de la mano y susurré:

—¿Dónde te pongo el teléfono, papá? No sé dónde tienes la cabeza.

—Déjamelos encima, en el asiento y dale al manos libres.

Era la voz de mi padre, no había duda. La de siempre, pero como si un trago de agua le hubiera pasado por el otro lado de la garganta. Un trago de agua de mar. ¿Lo notaría mamá?



—¿Puedo hablar con tu padre, por favor?

Mi madre empezaba a subir el tono. Mi padre, también. Me estaban agobiando, así que yo sí grité y les dije que esperaran un poco, que ya iba.

Funcionó. Los dos me pidieron perdón y yo pude, ahora sí, dejar el móvil encima del asiento, activar el altavoz y apartarme como quien acaba de encender un petardo del tamaño de la linterna del gigante ese que se había asomado por mi habitación. ¿Explotaría todo por los aires? Por si acaso, prefería mirarlo desde lejos, preparándome para un gran pum. ¿Qué podría ser un gran pum? Por ejemplo, que mi madre dijera que quería hacer un Skype y vernos. Eso sería un gran, gran pum. Por suerte, mi padre tenía controlada la situación:

—Es que me duele la garganta... No, no tengo fiebre, pero me cuesta hablar...

Gran pum desactivado.

Me quedé mirando a mi padre, hablando con mi madre como si todo fuera... No quiero decir normal, no lo era, aunque tuve la sensación de que todo iba a salir bien. Por un segundo, o menos. Algo así como un flash. Duró muy poco. Comprendí que no, que nada podía salir bien. ¡Mi padre era un mueble! Si



hubiese sido invisible, aún. Pero ¿una silla? ¿Plegable? ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué...? La pregunta se me quedó colgada en la cabeza. Algo me distrajo.

—Claro. Yo también. Adiós.

Mis padres habían terminado de hablar. Ahora teníamos que hacerlo entre nosotros. Yo no sabía qué decir. ¿Qué se dice en estas situaciones? Al parecer él tampoco lo sabía.